

Introducción

Esta no es una autobiografía exhaustiva, ni un intento de contar toda una vida en detalle. Es, más bien, una memoria personal. Una serie de recuerdos, contados en voz propia, sobre los momentos, decisiones y lugares que marcaron mi camino.

Escribo esto no como testimonio público, sino como una forma de dejar constancia. Para mis hijos, mis nietos, y quien quiera entender un poco mejor de dónde venimos —y cómo llegamos hasta aquí.

No todo lo que viví está aquí. Pero todo lo que está aquí lo viví. Con sus luces, sus sombras, sus dudas y sus certezas. Y con el deseo de haber hecho, en lo posible, las cosas bien.

— *Tata*



Con mis nietos



Con Aída en Washington DC

CAPÍTULO 1

Orígenes en Santa Ana

1935–1941

Nací el 7 de diciembre de 1935 en Santa Ana, El Salvador, la segunda ciudad más grande del país. Recuerdo aquellos primeros años con una mezcla de nostalgia y asombro, como si fueran escenas grabadas en sepia: patios soleados, árboles de higo, paredes gruesas y días largos que parecían eternos.



Benjamin en sus primeros años

Mi primera memoria clara es de cuando tenía cinco años. Me escapaba de la casa en Santa Ana y me iba al parque cercano. No era una travesura con mala intención, simplemente me gustaba conversar con los niños que lustraban zapatos. Eran mayores que yo, tal vez de ocho o nueve años, y venían de realidades muy distintas. No usaban zapatos, pero sabían brillar los ajenos como expertos. Me fascinaba escucharlos.

Para mi madre, esas escapadas eran una preocupación seria. Me buscaba por todos lados, pero casi siempre me encontraba en el parque, sentado entre mis nuevos amigos. En aquel entonces, la ciudad era tranquila; no existía esa paranoia de peligro que se vive hoy. Pero no todos veían bien que yo, un niño de clase media, me juntara con los lustradores. Recibí más de una reprimenda por ello. Recuerdo que alguien decía: "¿Cómo es posible que el hijo de Mincho Vides se junte con esa gente?" Pero yo no lo entendía como algo malo. Yo solo veía a las personas interesantes.



Visitando mi barrio de infancia en Santa Ana

La casa donde vivíamos era típica de aquella época: un patio central con un enorme árbol de higo, alrededor del cual se distribuían los dormitorios, la sala, y una cocina modesta al fondo. En ese tiempo ya éramos siete hijos —cuatro hermanas mayores, dos hermanas menores y yo — más mis padres. Más adelante llegaron tres hermanos más. Dormíamos dos o tres por cuarto, pero no lo sentíamos como una carga. Era simplemente así como era la vida.

No recuerdo haber ido a la escuela en Santa Ana. En esa etapa, la educación formal todavía no era prioridad para niños tan pequeños. La mayoría del aprendizaje venía de la casa, la calle, o los relatos de los adultos.

Mi padre, Mincho, era un hombre serio y trabajador. En las mañanas, solía poner música clásica en un viejo gramófono. Me gustaba escuchar esos discos grandes y pesados girar lentamente mientras sonaban melodías que parecían venir de otro mundo. Con el tiempo, esa costumbre se volvió parte de la vida familiar: todos los niños de la casa despertábamos la mayoría de los días con música clásica de fondo. Sonaban compositores como Mozart, Verdi y especialmente Beethoven, cuya Quinta Sinfonía aún recuerdo con fuerza — ese ritmo inconfundible marcaba el inicio de muchas mañanas en nuestro hogar.



Con mi madre, Hilda

La comida, como todo en casa, seguía su ritmo tradicional. Se cocinaba en casa, siempre. Comer fuera era impensable. Mi madre, Hilda, no cocinaba todos los días, pero teníamos una empleada que se encargaba de la cocina y otra que lavaba y planchaba la ropa. Ese era el arreglo típico para muchas familias de clase media en esa época.

Santa Ana fue el escenario de mi niñez más temprana, una época de juegos sencillos, familias numerosas, radios encendidas y una inocencia que hoy parece de otro siglo. No duró mucho: a los seis años de edad, nos mudamos a San Salvador en busca de nuevas oportunidades. Pero las raíces, esas primeras memorias de libertad, descubrimiento y curiosidad, se quedaron para siempre.

CAPÍTULO 2

San Salvador y la Pandilla Atómica

1941–1950

Tenía seis años cuando nos mudamos a San Salvador. Mi padre buscaba nuevas oportunidades: Santa Ana le había ofrecido lo que pudo, pero su carrera en la banca necesitaba crecer. Se trasladó a trabajar al Banco Salvadoreño, en la oficina principal de la capital, y toda la familia —ya numerosa— se mudó a una colonia llamada Mejicanos.



San Salvador en los años 1940s

Ahí, en esa nueva ciudad, comenzó una etapa distinta de mi niñez. Fue también donde empecé a tener conciencia de lo que pasaba a mi alrededor. Entré al primer grado en el Colegio Externado de San José, dirigido por los jesuitas. Era un colegio exigente, con muy buena educación, aunque en esa época las instalaciones eran bastante rudimentarias. Recuerdo que jugábamos fútbol en un pasillo largo de ladrillo, y las canchas de basketball eran más bien improvisadas.



Colegio Externado de San José

Llegábamos a la escuela en bus. Al principio, iba acompañado de mis hermanas mayores o de mi papá. Más adelante, ya a los once o doce años, empecé a moverme en bicicleta. La distancia era de unos dos kilómetros, pero en esos tiempos recorrerla era parte de la aventura.

Algunos de los amigos que hice en el Externado siguen presentes en mi vida hasta hoy. Nombres como Mauricio Arrieta (el "seco"), Marcelo Suarez, y Roberto Tabanino... con varios de ellos aún nos reunimos, como una especie de pacto no dicho que viene desde esos primeros días de infancia.

Los fines de semana eran sencillos. Los sábados, muchas veces mi papá trabajaba medio día, y los domingos nos llevaba a caminar por la ciudad. La rutina del colegio incluía misa todos los días, a las 8 de la mañana, vestidos completamente de blanco. Era un colegio católico y eso se respetaba. A nosotros, los niños, nos costaba entender la disciplina de esa rutina, pero la aceptábamos. Además, durante un tiempo fui monaguillo. Acompañaba al Padre López a dar misa algunos fines de semana en pequeños pueblos cercanos.

Cuando nos mudamos a la Colonia América, todo cambió. Fue ahí donde empecé a formar un grupo de amigos inseparables, incluyendo los hermanos Apóstolo, Pedro y Mauricio quienes recién habían regresado de vivir en Italia. En esa época nadie tenía carro, así que los domingos tomábamos juntos un bus hacia Santo Tomás, y desde ahí caminábamos más de

una hora y media hasta llegar al Lago de Ilopango. Nadábamos, alquilábamos cayucos por 25 centavos el día, y pasábamos horas remando, nadando y explorando. Era una aventura cada vez. Volvíamos a casa agotados pero felices. A veces, si teníamos suerte, el papá de un amigo que sí tenía carro, el Doctor García Prieto, nos pasaba recogiendo al final del día. Fue una rutina casi sagrada de los domingos, y una de las épocas más libres y alegres de mi juventud.



Lago de Ilopango

Fue también en esa época que conocí la natación de verdad. Vivíamos cerca del Estadio Nacional, que tenía una piscina olímpica. El entrenador del equipo nacional, Dr. Rubén Baraza, estaba casado con una prima de apellido Sigui, así que había un vínculo familiar que me abrió las puertas. Gracias a eso, me dejaban entrar como una especie de mascota del equipo. Fue una experiencia increíble poder aprender a nadar rodeado de los mejores nadadores de El Salvador. Observaba sus entrenamientos, la seriedad con que se preparaban, y poco a poco empecé a nadar también, tratando de imitarlos.

Pero si hay un recuerdo que define esa época para mí, es la Pandilla Atómica.

Éramos un grupo de niños del vecindario que nos reuníamos por las noches, después de cenar. Las calles eran de tierra, los postes de luz de metal hueco. El primero que terminaba de comer salía y le pegaba una pedrada al poste, y ese era el "llamado". Uno a uno íbamos saliendo hasta ser ocho o diez, todos de la misma cuadra. Jugábamos, nos contábamos historias, y soñábamos despiertos.

Le pusimos La Pandilla Atómica en honor a la bomba atómica, que en ese momento era símbolo de poder, de algo nuevo y asombroso (aunque no sabíamos bien lo que significaba). El nombre nos parecía moderno, audaz, casi futurista.

La vida era simple. Los días eran largos y sin prisa. Las preocupaciones eran pocas. Mi madre, Hilda, seguía teniendo hijos —ya éramos diez en total— y al mismo tiempo ayudaba a mantener la economía del hogar abriendo una tiendita en el garaje. Vendía frutas, cigarros, lo básico. No teníamos mucho, pero nunca sentí que nos faltara lo importante.

Mi mamá era paciente, amorosa, y aunque no era estricta, siempre nos empujaba a cumplir con nuestras tareas. Mi papá trabajaba largas jornadas, así que la supervisión de nuestras vidas escolares era más bien flexible. Esa libertad, a veces, la usábamos para escaparnos al cine en lugar de volver al colegio por la tarde. Y nadie se enteraba.

Fueron años de descubrimiento. De crecer con amigos, de nadar en lagos, de formar clubes secretos y darle sentido al mundo a nuestra manera.

CAPÍTULO 3

El Club de los Pingüinos

1950s

La adolescencia llegó como llega todo en la vida: sin aviso claro, pero con señales que uno no olvida. Fue una etapa de cambio, de música, de nuevas amistades y de empezar a mirar el mundo con cierta ambición.

Mis hermanas mayores —Eugenia, Hilda, Greta y Violeta— eran bastante mayores que yo, así que no compartimos muchas cosas, pero sí recuerdo un detalle curioso: cuando llegaban pretendientes a visitarlas, mi papá me pedía que me sentara con ellos en la sala. Supuestamente era para "vigilar". Claro, con el tiempo, los novios aprendieron a sobornarme con cinco centavos para que me fuera. A esa edad, cinco centavos eran una fortuna. Con los años, cada una de mis hermanas mayores se casó y se fue de la casa, marcando el fin de una época y dejando la casa un poco más vacía.

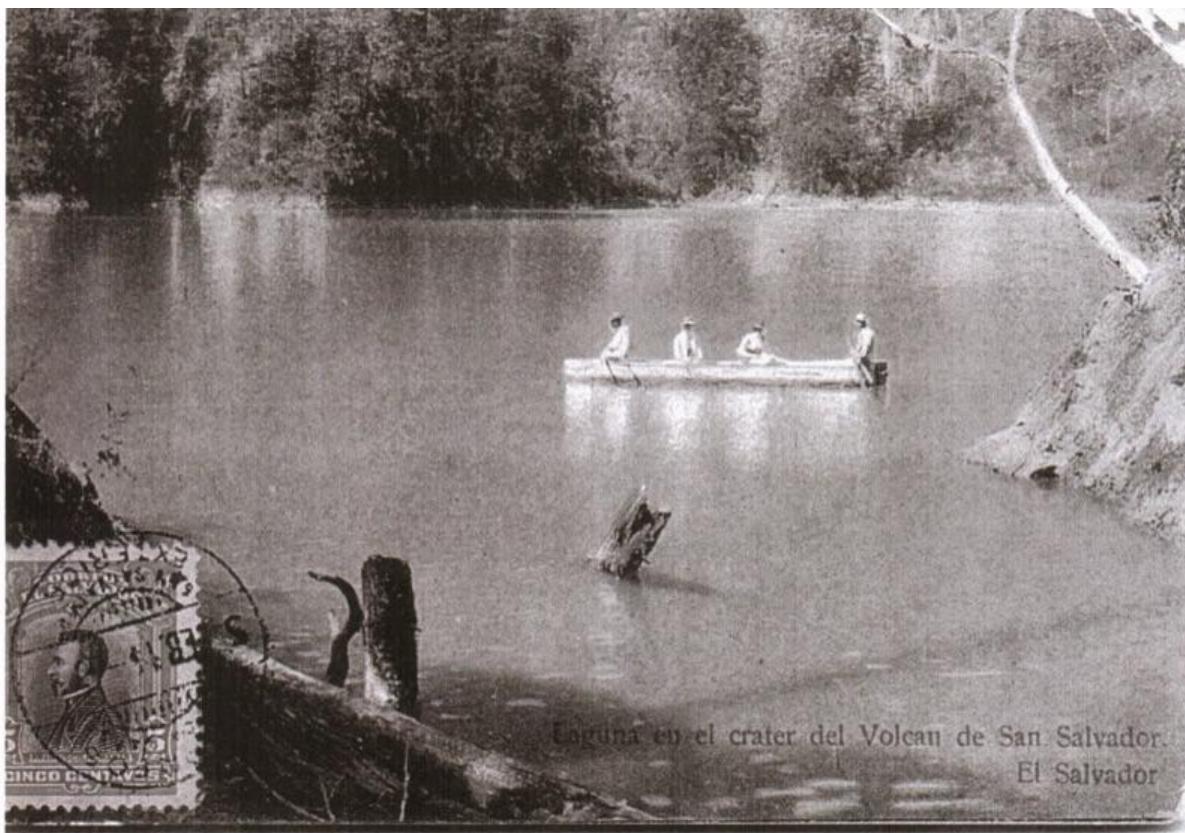
Con mis hermanas menores, Elsa y Chon, era diferente. Yo era el mayor, así que me tocaba acompañarlas a fiestas o cuidarlas cuando salíamos. En esa época, alrededor de los 15 o 16 años, empezaron las reuniones de barrio donde bailábamos en las casas de amigos. Uno de los lugares más memorables era la casa de Don Chicho Avilés y sus hijos Neto y Ana María. Tenían buen tocadiscos, buena música, y sobre todo, unos padres tolerantes que entendían la importancia de dejar que los jóvenes se reunieran.

Nos encantaba bailar. Era el hobby de la época. El mambo estaba de moda, seguido por la música de Glenn Miller, Pedro Infante, Jorge Negrete, y otros íconos. Aquellas noches eran mágicas. Bailábamos hasta tarde, y aunque no había mucho dinero, siempre encontrábamos la forma de divertirnos.

Fue en ese ambiente que fundamos un pequeño club social: El Club de los Pingüinos. El nombre nació sin mucha lógica, pero con mucha personalidad. El propósito era claro: reunirnos para bailar, organizar fiestas y socializar. La cosa creció más rápido de lo esperado. Pronto, jóvenes de otros colegios querían ser socios. Organizamos fiestas grandes, algunas de

hasta 150 personas. Cobrábamos entrada, contratábamos música, vendíamos bebidas... y por un tiempo, fuimos un éxito.

Pero no todo era fiesta. También empezamos a hacer excursiones a pie al volcán de San Salvador. Subíamos y bajábamos hasta el cráter. En otra ocasión, hicimos un paseo en bicicleta desde Comasagua hasta el Puerto de La Libertad. El camino hacia la playa era fácil y divertido, todo cuesta abajo; volábamos entre curvas y pendientes, sintiendo el viento en la cara. Pero el regreso era otra historia. Subir de vuelta era casi imposible, así que buscábamos camiones que subieran lento por la carretera y nos agarrábamos de la parte trasera para que nos jalaran cuesta arriba. Para nosotros, esas eran grandes hazañas — sudadas, improvisadas, pero memorables.



Laguna en el cráter del Volcán de San Salvador

En cuanto a dinero, no era fácil conseguirlo. En mi casa había muchos hermanos y los recursos eran limitados. Pero uno se las ingenia. Ir al cine era el entretenimiento más accesible. Las funciones después de las 9 de la noche eran más baratas, y si no teníamos para el bus, caminábamos de regreso. A veces cuatro kilómetros, sin pensarlo dos veces.

La Libertad y los Túneles

Finales de los 50s

Salí del colegio sin mucho drama, pero no sin conflicto. Había estado en el Externado de San José desde pequeño, y en tercer año de secundaria tuve un roce con uno de los sacerdotes. Un tema de cuentas sin pagar, una actitud que no me gustó... y terminé saliéndome. Para mi papá y para mí, fue más una decisión de dignidad que un castigo.

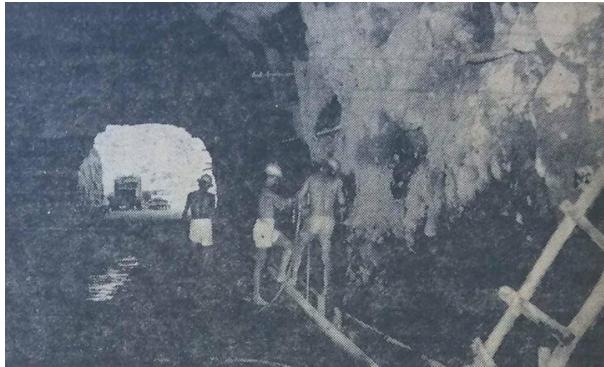
Terminé el bachillerato en el Liceo Centroamericano. Obtuve el título de Bachiller con aclaración del rector, Don Santiago Echegogen, de hacer estudios universitarios para Ingeniero Civil.

Pasé por el dilema clásico: ¿medicina, derecho, ingeniería? Todos los tests vocacionales decían lo mismo: "Podrías ser bueno en cualquiera." Útil, pero inútil a la vez.

Me decidí por ingeniería civil en la Universidad de El Salvador. Hice año y medio, casi dos. Pero entonces apareció una oportunidad inesperada: la construcción de la Carretera del Litoral. Un megaproyecto que cruzaría el país de punta a punta, y que necesitaba personal técnico —topógrafos, inspectores, ingenieros en formación. Sin título aún, pero con muchas ganas, conseguí un puesto como supervisor.

Me contrataron en una empresa supervisora americana: KTAM — Knappen-Tippetts-Abbett-McCarthy. El constructor era una empresa mexicana llamada El Águila. Me asignaron al tramo entre La Libertad y Acajutla, y fue ahí donde realmente empezó mi vida adulta.

Vivíamos en campamentos tipo motel, diseñados para ingenieros y supervisores. Nos daban comida, vehículo, chofer... lo básico para poder trabajar sin distracciones. Mi labor era supervisar especialmente la construcción de cinco túneles, incluyendo uno de más de 500 metros. Teníamos que medir cada metro cúbico de roca que salía, asegurarnos que el contratista no cobrara de más, y mantener la obra dentro de los estándares. Nada glamoroso. Mucho polvo, muchas madrugadas, y mucha responsabilidad.



Construcción de túnel en la Carretera del Litoral



El túnel del Litoral hoy

Pero ahí, entre túneles y cerros, empecé a ahorrar. Como no tenía gastos, pude guardar buena parte de mi salario. En dos años, reuní lo suficiente para comprar mi pasaje a Estados Unidos y tener algo para empezar una nueva vida.

Todo esto lo hacía mientras seguía ayudando a mis padres. Parte de mi sueldo iba para pagar la renta de la casa familiar. Éramos muchos, y cada aporte contaba. Pero la idea del viaje ya me rondaba en la cabeza como una canción que no se va. En esos días, un buen amigo mío, José Roberto Aguilar —le decíamos "el Chele"— vivía en Filadelfia. Me ayudó a planear el salto. Tenía contactos, un lugar donde podía quedarme los primeros días, y lo más importante: me dio confianza.

Un día simplemente dije: "Es ahora o nunca."

Compré el pasaje. Dejé el trabajo. Le avisé a mi familia. Y me subí a un avión.

Mi vida en El Salvador había sido intensa, llena de aprendizajes. Pero algo dentro de mí sabía que lo que venía sería aún más transformador.

CAPÍTULO 5

Philadelphia, Lookup & Wharton

1957–1967

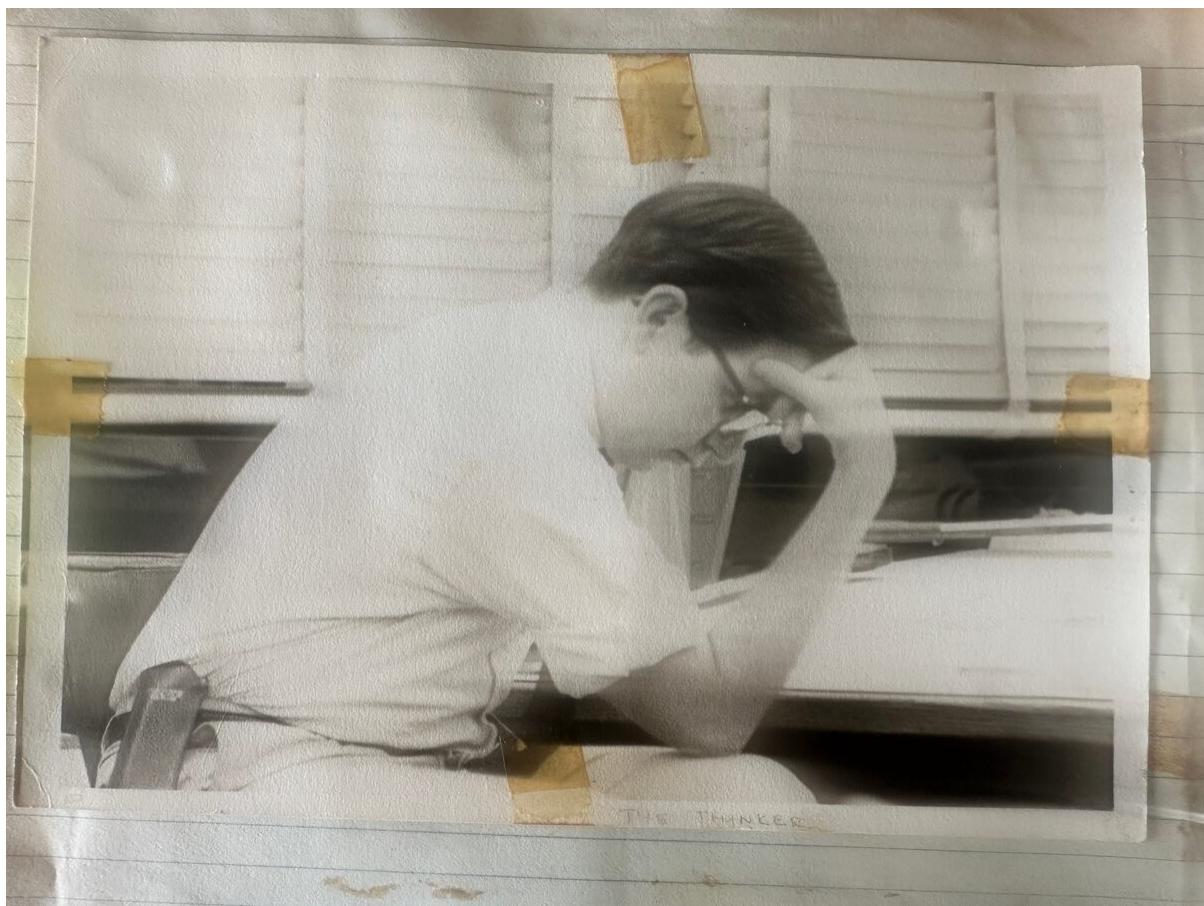
Llegué a Filadelfia en 1957. Tenía 22 años, una maleta, algo de dinero ahorrado, y una idea bastante vaga de lo que venía. Pero tenía hambre. Hambre de aprender, de avanzar, de hacer algo distinto con mi vida.

Mi amigo "el Chele" Aguilar me recibió y ya tenía preparadas dos entrevistas para mí. Una como mensajero en Western Union. La otra, como dibujante en una firma de ingeniería estructural. Fui a la segunda entrevista y, gracias a lo que había aprendido en la universidad en San Salvador, conseguí el trabajo. No hablaba mucho inglés, pero sí sabía dibujar.

La empresa se llamaba AW Lookup Company, por el apellido del dueño, Arthur Lookup. Empecé ganando 60 centavos la hora. Era poco, pero para mí era una puerta abierta. Vivía en un pequeño apartamento en el norte de la ciudad, en la zona de Frankford, junto con otros salvadoreños. Era apretado, sí, pero lleno de solidaridad. Compartíamos arroz, historias, consejos y, a veces, las frustraciones del exilio.



Visitando mi apartamento original en Filadelfia con mis nietos



Trabajando como dibujante en AW Lookup Company

Trabajaba todo el día, de 8:30 a 5:00. Por las noches, estudiaba inglés en Temple University. Cuando sentí que dominaba lo suficiente, me inscribí en Drexel Institute of Technology para seguir con ingeniería. Pero la carga era brutal: trabajar todo el día, estudiar de noche. Después de varios semestres, decidí cambiar de rumbo.

Me pasé al Wharton Evening School of Economics and Finance ubicado en Philadelphia, un programa para gente que trabajaba tiempo completo. Sabía que me iba a tomar el doble de tiempo... y así fue: ocho años para terminar lo que normalmente toma cuatro. Pero obtuve el título y carta del Director.

Durante todo ese tiempo seguí trabajando en Lookup. Me ofrecieron aumentos, confianza, y responsabilidades. Pero cada vez que intentaba buscar un trabajo más alineado con mis estudios —en banca o finanzas— me decían lo mismo: "Usted todavía no se ha graduado" o "su salario actual es más alto de lo que podemos ofrecerle." Así que me quedé.

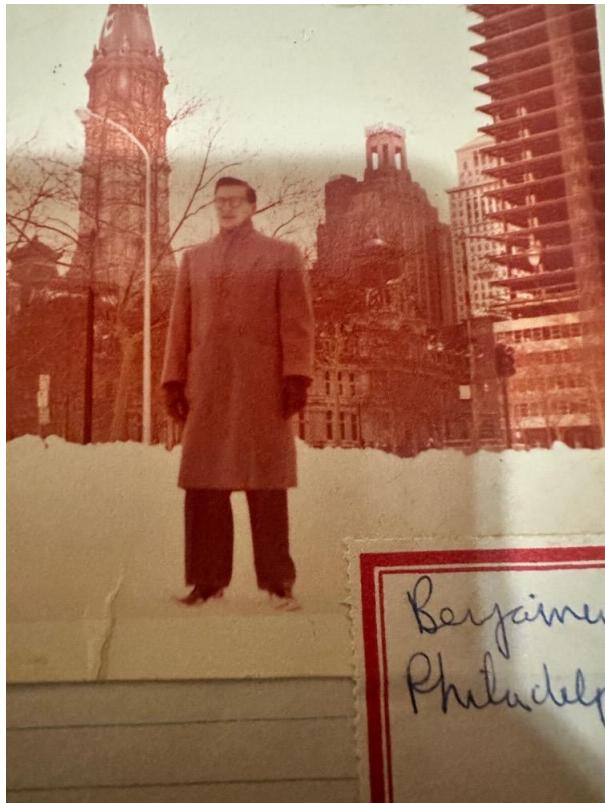
Pero no todo era trabajo y estudio. Un elemento importante de mi vida recreativa fue mi kayak Klepper, el famoso bote plegable alemán. Mi tío Heinz Deneke me lo envió desde Hamburgo hasta Filadelfia. Era una pieza impresionante: medía 16 pies, tenía dos asientos y hasta contaba con un accesorio para vela. Aquel kayak se convirtió en mi gran escape; lo llevaba a navegar frecuentemente al río Schuylkill y a las playas de Nueva Jersey, cerca de Atlantic City, compartiendo expediciones inolvidables con mis amigos.

El famoso kayak plegable Klepper que mi tío Heinz envió desde Alemania

La vida en Filadelfia no fue fácil, pero tampoco fue solitaria. Conocí a muchos salvadoreños, argentinos, peruanos, y americanos que se convirtieron en parte de mi mundo. Uno de ellos fue Blair Birdsall, un ingeniero estadounidense casado con una salvadoreña. Había trabajado en el famoso Puente de Oro en El Salvador. Era experto en puentes colgantes, un genio

callado. Se convirtió casi en un mentor para mí —una figura paterna en tierra extranjera. Me ayudó a tomar decisiones clave y me dio una visión de vida más amplia.

Viví en varios apartamentos —al principio siempre compartidos— y después solo. Me las arreglaba. A veces invitaban a cenar en casa de amigos, otras veces comía arroz con huevo por una semana entera. Llamar a El Salvador era costoso, así que nos escribíamos cartas. Mi mamá vino a visitarme una vez, también algunas de mis hermanas. Pero en general, fueron 10 años sin regresar más que dos o tres veces.



Inviero en Philadelphia

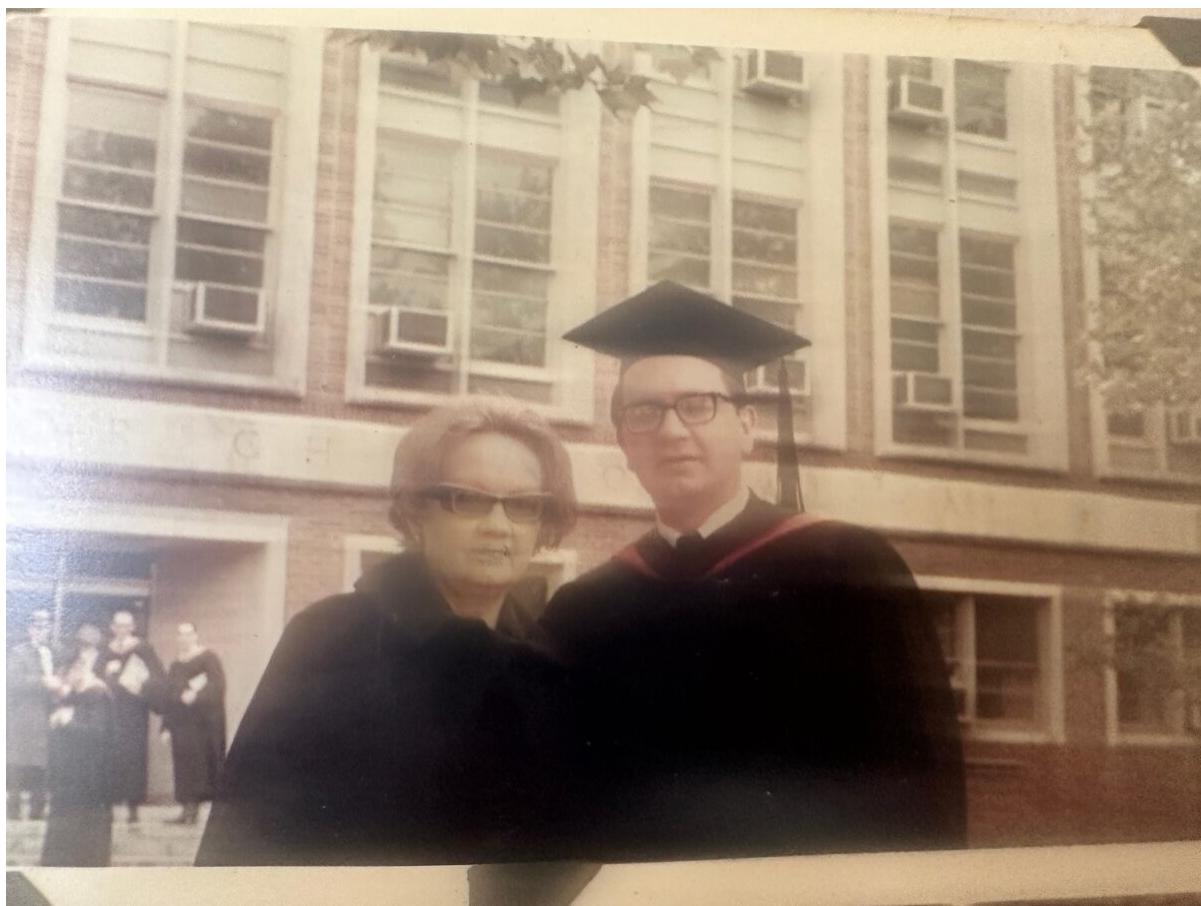


Años en Philadelphia

Poco a poco, me fui adaptando. Hacía vida social con otros estudiantes latinos. Me uní a grupos internacionales. Y, por supuesto, también salí con algunas novias. Recuerdo en particular a dos argentinas, una de ellas una doctora en biología. Muy inteligente, muy seria. Estuvimos a punto de comprometernos, pero yo tenía una gran duda: ¿Y si me casaba... dónde íbamos a vivir? No me sentía listo.

Siempre tuve claro que Filadelfia no era mi destino final. Había venido a formarme, a trabajar, a ahorrar. Pero mi corazón —y mi futuro— seguían apuntando hacia El Salvador.

Diez años después de haber llegado a Philadelphia, sentí que era momento de volver a mi país. Hablé con mi jefe y pedí vacaciones largas. Viajé a San Salvador y aproveché para hacer entrevistas. Entre ellas, una con Citibank, que estaba buscando talentos jóvenes con formación internacional. Tuve suerte. Me ofrecieron el puesto de Junior Executive Trainee —un programa para entrenarme como oficial de crédito.



Graduación en Wharton con mi madre, Hilda, quien viajó desde El Salvador

Regresé a Filadelfia con la decisión tomada. Hice mis maletas. Lookup me despidió con varias fiestas y muchas palabras bonitas. Fue una década de sacrificio, pero también de crecimiento, de descubrimiento, de construirme desde cero.

CAPÍTULO 6

Europa y el Beetle

1965

Antes de regresar a El Salvador para siempre, quise hacer un viaje que llevaba años soñando: Europa. Era 1965. Todavía vivía en Filadelfia, trabajaba en Lookup, estudiaba en Wharton por las noches, y llevaba años ahorrando con disciplina. Finalmente, llegó el momento.

Gracias a mi tío Heinz Deneke, que vivía en Hamburgo y estaba en el negocio de exportaciones, logré comprar un Volkswagen Beetle completamente nuevo —uno de esos clásicos escarabajos que hoy se ven en museos— por \$1,100. Lo recogí en Hamburgo, Alemania directamente. También fue el año en que saqué mi primera tarjeta de American Express.

Volé de Filadelfia a Frankfurt, y de ahí tomé un tren hasta Hamburgo, donde me recibió Bettina, una prima lejana. Me quedé en casa de mi tío Heinz una noche. Al día siguiente, recogí el carro y arranqué sin un itinerario muy preciso, solo una brújula emocional: Salzburgo, Viena, Roma... quería ver cultura, historia, música —todo lo que había leído y escuchado por años.

En Salzburgo, respiré el aire de Mozart. En Viena, caminé por calles elegantes y museos que parecían infinitos. Más tarde crucé hacia Italia y llegué a Roma, donde dormí en un hostal lleno de estudiantes de todas partes del mundo. Se hablaba en inglés, a veces en francés, raramente en español. La comida era barata, el vino aún más, y las noches se llenaban de historias compartidas con desconocidos que se sentían cercanos.

Me hospedaba en hostales juveniles, esos lugares míticos donde dormías por dos o tres dólares, y donde uno podía encontrarse con un estudiante japonés una noche y con una argentina la siguiente. A veces recogía a viajeros que hacían hitchhiking, como un joven de la India con quien recorrió parte de Francia.

Manejando por las autopistas alemanas. El Beetle se portó como un campeón. En Roma visité el Vaticano, en Florencia vi obras que hasta hoy me parecen irreales, y en Pisa subí a la famosa torre. Después pasé por la Costa Azul, con una parada en el famoso casino de Monte Carlo,, y seguí rumbo a Normandía.



Hombre en Beetle en los Alpes (no Ben - imagen generada con IA)

Quería conocer el lugar donde desembarcaron los aliados en la Segunda Guerra Mundial, que en ese momento había concluido hacía apenas veinte años. Me detuve en Omaha Beach, vi los búnkers alemanes, y restos de barcos hundidos que aún sobresalía del agua. Allí dormí una noche en el auto, mirando el mar.

Finalmente, llegué a París, donde pasé varios días caminando sin parar. Museos, librerías, cafés, pan recién horneado. París me hizo pensar que quizás en otra vida fui europeo. O tal vez solo un joven salvadoreño absorbiendo todo con los ojos muy abiertos.

Antes de regresar, conduje hasta Le Havre, el puerto francés desde donde envié el Beetle en barco hacia Filadelfia. Mi viaje había terminado, pero sentía que algo en mí se había despertado: una mezcla de libertad, humildad, y una certeza de que el mundo era mucho más grande —y más interesante— de lo que uno podía imaginar.

Unos meses después, ya estaba empacando mis cosas en Filadelfia para volver a El Salvador, ahora con título, experiencia, un carro nuevo... y un corazón lleno de historias.

En lugar de dejar el carro en Estados Unidos, decidí emprender una última gran aventura: manejar el Beetle desde Filadelfia hasta San Salvador. Fueron miles de kilómetros de carretera, cruzando estados, fronteras y paisajes que parecían no acabar nunca. El carro, pequeño pero incansable, se volvió mi compañero de viaje. A veces recogía a autoestopistas que me hacían compañía por algunos tramos; compartíamos historias, canciones, y el silencio de la carretera abierta. Al final, después de días de manejo, crucé la frontera salvadoreña con una mezcla de cansancio y triunfo. El Beetle que había comprado en Alemania, que había cruzado el Atlántico, ahora descansaba en las calles de mi tierra natal.

De vuelta en San Salvador — Aída, Citibank y una nueva vida

1967–1970

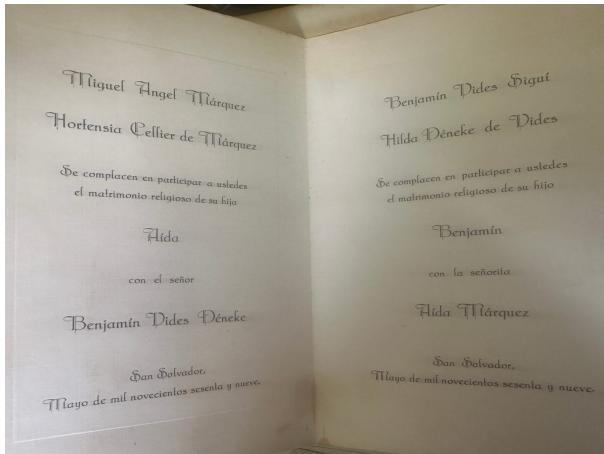
Volví a El Salvador en 1967. Después de diez años afuera, el país se sentía igual... pero yo no lo era. Había cambiado. Había vivido solo, trabajado, estudiado, recorrido medio mundo. Regresaba con otra forma de ver las cosas y con el deseo de empezar una nueva etapa.

Al llegar, me encontré con una situación familiar difícil: mis padres, Mincho y Hilda, se habían separado y vivían en casas distintas. Como intento de reconstrucción simbólica, alquilé un apartamento donde ambos pudieran convivir nuevamente. Aunque la relación entre ellos ya no era la misma, logramos cierto equilibrio. Durante un tiempo, los domingos volvieron a ser días de reunión familiar, con las cenas compartidas y el bullicio en la cocina.

Al mismo tiempo, comenzaba una nueva etapa profesional en Citibank. Fue ahí donde conocí a Aída Márquez, quien poco tiempo después de mi llegada comenzó también a trabajar en el banco. Nos conocimos en ese entorno profesional, compartiendo ideas, responsabilidades y desafíos.

Pero muy pronto, lo profesional dio paso a lo personal. Conocer a Aída fue una de las grandes suertes de mi vida. Inteligente, clara, directa y profundamente ética, era —y es— una mujer con una visión firme y una voluntad admirable. Nunca fue una figura secundaria; fue compañera, consejera, y cómplice en los mejores y peores momentos.

Nos casamos en 1969 en la Iglesia San José de la Montaña. El sacerdote era un español joven, amable y práctico, que nos preparó con conversaciones más reales que teóricas. No hablaba en abstracto sobre el matrimonio; hablaba de la convivencia, de las diferencias, de las decisiones diarias que hacen o deshacen una relación.



Invitación de boda, 1969

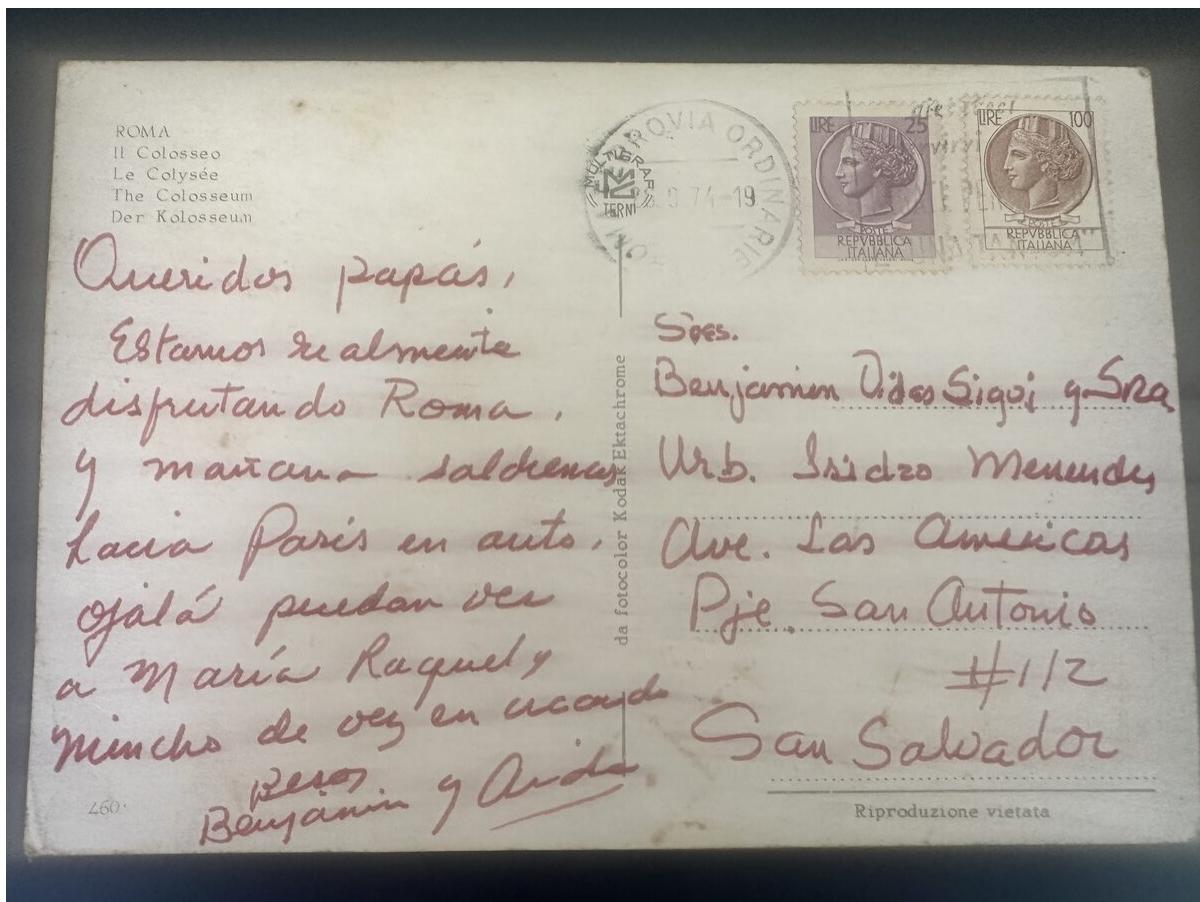


Nuestro día de boda



Con Aída, el día de nuestra boda

Ese día marcó el inicio de una vida en común que no ha sido fácil, pero sí profundamente significativa. Aída ha estado a mi lado en cada mudanza, en cada nuevo trabajo, en cada pérdida y cada logro. Me ha ayudado a ver lo que yo no veía, a mantener la calma cuando todo parecía caerse, y a celebrar con humildad los momentos buenos.



Luna de miel

Pronto nacieron nuestros dos hijos. Primero María Raquel, y luego Benjamín un par de años después, a quien todos terminarían llamando Mincho, como a mí y a mi padre. Con ellos, la familia se sintió completa.

La llegada de nuestros hijos transformó todo. De pronto, las prioridades cambiaron. Lo profesional seguía siendo importante, pero había algo más grande que me impulsaba: la responsabilidad de criar a mis hijos con amor, con estabilidad, con un ejemplo claro de lo que significa ser íntegro. Ver crecer a mis hijos en un hogar propio me dio una satisfacción que ningún título ni ascenso podía igualar.

Ser padre me obligó a pensar a más largo plazo. Ya no era solo cuestión de avanzar en el trabajo o construir patrimonio, sino de formar carácter, dejar un legado. Me preocupaba por el tipo de país en el que crecerían, por las oportunidades que tendrían, por los valores que aprenderían no por lo que yo decía, sino por lo que veían en mí.

Al principio vivimos en una casa alquilada en la Colonia Harrison, un lugar tranquilo y rodeado de árboles. Luego nos mudamos a la Colonia Escalón, donde comenzamos a establecer raíces. En una inesperada vuelta de suerte, gané un premio de lotería que me permitió comprar un terreno.

Diseñé la casa con un arquitecto amigo, Chava Choussy, socio de mi amigo Remo Bardi, y la construimos con esfuerzo. Era moderna, con piscina, y se convirtió no solo en nuestro hogar, sino también en un espacio donde organizábamos cócteles del banco y reuniones con clientes. También fue la casa donde nació y creció el resto de nuestra familia. Fue, sin duda, una casa soñada, construida en un momento de esperanza y proyección.

En Citibank, mi carrera fue creciendo rápidamente. El Citi traía conceptos nuevos: financiamientos estructurados, análisis de crédito más rigurosos, productos que no existían aún en la banca local. Pero no todos lo entendían. Cuando ingresé, había ocho estadounidenses trabajando en la oficina; seis años después, yo ocupaba el puesto número uno y solo quedaba un estadounidense. Era algo muy único en aquel entonces que un no estadounidense llegara a dirigir una oficina de país.

CAPÍTULO 8

Citibank y la Guerra Interna

Años 70s

Durante los años setenta, mi trabajo en Citibank me colocó justo en el centro de un país que comenzaba a fracturarse. Al principio, las señales eran sutiles: rumores de secuestros, pequeños atentados, una tensión que se sentía en el aire pero que aún no se había vuelto cotidiana. Pero con el tiempo, la situación se fue volviendo cada vez más seria. Y estar al frente del Citi en El Salvador significaba estar expuesto —personal y profesionalmente.

Tenía la visión de transformar al Citi en El Salvador, de sacarlo del pasado y proyectarlo hacia un futuro más moderno, seguro y profesional. La operación del banco ya era respetada e innovadora, distinta a la banca local, pero era necesario dar un paso más. Me correspondió liderar la mudanza de la oficina: dejamos atrás un edificio viejo y deteriorado en el centro histórico de San Salvador, cuya bodega en el sótano albergaba las máquinas contables y la enorme caja fuerte. Trasladamos toda la operación a un edificio moderno frente al Hotel Camino Real, símbolo de modernización y seguridad.

REPORTE, 6 de Diciembre de 1979.

Salvadoreño en Gerencia de Banco Internacional



BENJAMIN VIDES DENEKE

La Directiva del First National City Bank, con sede en Nueva York anunció el nombramiento del señor Benjamin Vides Deneke, originario de Santa Ana, como Gerente de la Sucursal del Banco en El Salvador. El nombrado es el primer salvadoreño que ocupa ese alto cargo. (Entrevista en página 2).

Anuncio de mi nombramiento como Gerente General de Citibank El Salvador

Pero el contexto político empeoraba. Estados Unidos seguía con atención lo que ocurría en Centroamérica. La Guerra Fría se filtraba en todos los niveles, y El Salvador se convirtió en un punto estratégico. La ayuda militar y financiera estadounidense comenzó a fluir, y el conflicto se intensificó.



Retrato oficial como Gerente General



En las oficinas de Citibank

Yo no era un analista político en ese momento, pero entendía que el país se acercaba a un punto crítico. Lo supe con certeza el día que un cliente —uno de nuestros mejores clientes empresariales— vino a buscarme a mi casa, temprano por la mañana.

Su hermano había sido secuestrado. Los captores pedían una suma considerable, y necesitaban el dinero en efectivo, en billetes específicos, de forma inmediata. Me pidieron ayuda. Por supuesto, como banco, no podíamos operar fuera del marco legal, pero conocíamos la solvencia del cliente. Autorizamos una transferencia de emergencia. Llamé directamente a la oficina del Citi en Miami.

Me dijeron que el dinero estaría disponible, pero que debía ir personalmente a recogerlo. No podían simplemente enviarlo con los pilotos.

Esa misma noche, abordé una avioneta bimotor junto con un piloto y un copiloto. Hicimos escala en Cozumel para reabastecer combustible y aterrizaron en Miami a las tres de la mañana. Me esperaba Alicia Lara, una ejecutiva del Citi en la región. Había preparado medio millón de dólares, en billetes pequeños. Todo estaba listo.

Pero ahí empezaron los problemas.

Desde Panamá, mi jefe —el responsable de Citi para Centroamérica— me ordenó que no regresaría en esa misma avioneta con el dinero. Quería evitar que el banco se convirtiera en un mecanismo informal de respuesta ante futuros secuestros. Lo entendí, pero la decisión

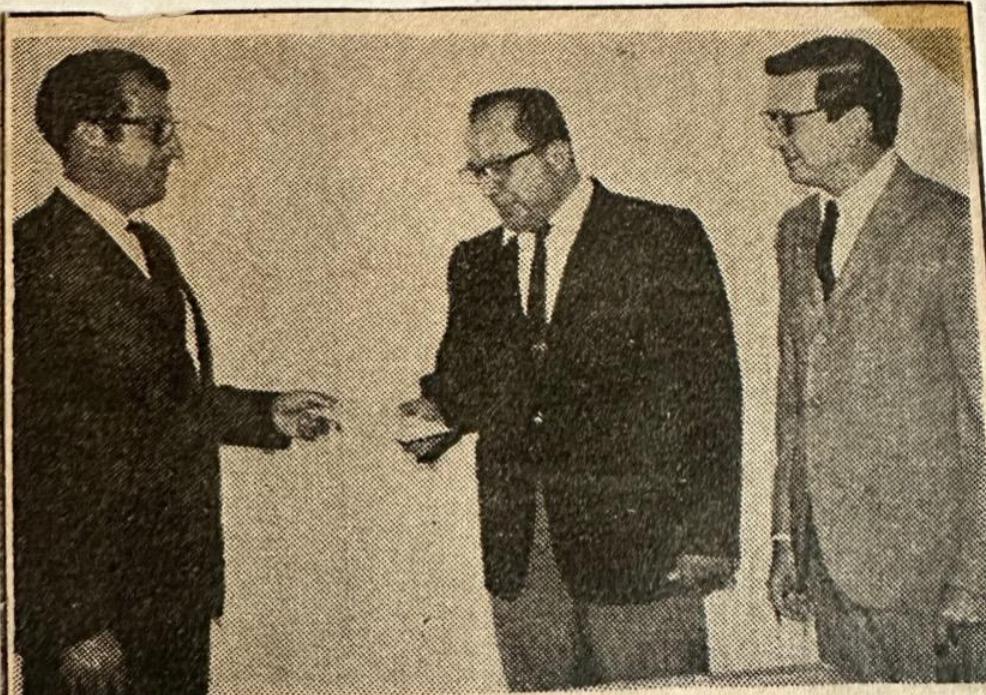
complicó todo. El piloto y el copiloto no querían cargar el dinero sin mí. Yo, por mi parte, estaba atrapado en medio de una operación extremadamente delicada, sintiendo que cualquier decisión podía tener consecuencias serias.

Finalmente, el dinero regresó a El Salvador. Pero fue en vano. El secuestrado apareció muerto días después. La guerrilla había roto cualquier código tácito. A partir de ahí, entendí con toda claridad lo que enfrentábamos.

El Citi fue blanco de constantes amenazas. Colocaron bombas, hubo amenazas de secuestro a empleados, ataques a empresas con vínculos estadounidenses. Otros embajadores fueron secuestrados o asesinados. La tensión se volvió parte del día a día.



Con el equipo de Citibank El Salvador



FIRST NATIONAL CITY BANK COOPERA CON DIA DE CAMPO GANADERO. El señor Roberto Antonio Gutiérrez, Secretario del Comité Organizador del Día de Campo Ganadero, de la Feria de San Miguel (al centro), aparece recibiendo un donativo de la prestigiosa firma bancaria First National City Bank, de manos del sub-gerente don Jorge Hernández Ocampo. En el extremo derecho aparece el señor Benjamín Vides Deneke, promanager de la firma bancaria. El City Bank siempre ha mostrado un gran interés en el desarrollo agropecuario del país.

Reconocimiento como ProManager

En medio de esa incertidumbre, se dio una coincidencia notable: en ese momento la representación de Centroamérica en la junta directiva del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) correspondía a El Salvador. El gobierno salvadoreño me pidió asumir ese cargo prestigioso en Washington, DC, y el Citi me dio permiso para aceptar el puesto. La oportunidad no podía haber llegado en mejor momento, considerando las crecientes dificultades en el banco. Decidí aceptarla.

Me fui del Citi con sentimientos encontrados: orgullo por lo construido, frustración por lo que no se pudo evitar. Pero también con la sensación de que había hecho lo correcto en los momentos más difíciles. Y que ahora, empezaba otra etapa.

CAPÍTULO 9

Washington, el BID y la vida entre dos mundos

1980s–1990s

Mi salida del Citi, con un permiso de "leave of absence", no solo significó dejar atrás una etapa intensa en lo profesional, sino también abrir la puerta a una vida completamente distinta en Washington, D.C. Para mi familia, el cambio fue inesperado pero bienvenido: pasamos de la vida en San Salvador a Bethesda, Maryland, un hermoso suburbio de Washington. La adaptación fue rápida y resultó una experiencia muy positiva, con nuevos amigos, nuevas escuelas, un nuevo vecindario, un nuevo idioma y, en muchos sentidos, una nueva vida.



Nuestro primer hogar en Laurel Oak Dr, Bethesda, Maryland

Comencé en el BID como Director Alterno, en un cargo inicialmente planteado para tres años. Sin embargo, al concluir ese período, fui retenido y promovido a Director Ejecutivo, una

posición de mayor responsabilidad que ocupé durante otros tres años en la Junta Directiva del banco.



Como Director Ejecutivo del BID

No era cualquier puesto. Representaba a Centro America y Haiti, participando en decisiones clave sobre políticas de desarrollo, financiamiento de proyectos, y relaciones con países donantes. Era un mundo de diplomacia, estrategia, y mucho trabajo técnico.

En esos primeros años en la Junta Directiva del BID forjé amistades profundas con colegas notables del banco, muchos de ellos con trayectorias impresionantes antes de llegar a la institución. Ray Sternfeld, Vicepresidente Ejecutivo, fue un hombre de gran inteligencia y humanidad con quien cultivé una relación que perduró mucho más allá de nuestras funciones formales. También entablé una amistad cercana con Rodolfo Silva, exembajador de Costa Rica en Washington, y con Aníbal Fernández de Soto, quien había sido alcalde de Bogotá.



PROYECTO SAN LORENZO. El Presidente de ANDA, coronel e ingeniero Julio Cesar Gómez acompañado de los funcionarios del BID, visitó el sábado por la mañana los trabajos de introducción de agua llamados "Proyecto San Lorenzo, entre Quezaltepeque y Opico. (Foto de Peñate Zambrano).

Lunes 28 de Agosto de 1978 -

Artículo de prensa sobre mi trabajo en el BID

Comparto parte del trabajo que había que viajar a los países miembros. Recorrió proyectos por toda América Central y el Caribe, pero también representé al banco en reuniones internacionales con países donantes viajando a ciudades por todo el mundo, incluyendo Madrid, Barcelona, Milán, París, Buenos Aires, Río de Janeiro, Beijing, Tokio y muchas más. No solo eran oportunidades para dialogar sobre cooperación y desarrollo, sino también experiencias memorables: reuniones formales seguidas de recepciones sumptuosas, cenas elegantes, embajadas iluminadas, y conversaciones que mezclaban política, economía y cultura hasta altas horas de la noche. Había una dimensión humana y diplomática que hacía este mundo tan exigente como fascinante.



Salzburgo, 1982

Después de más de seis años en la Junta Directiva del BID, surgió una nueva oportunidad. El banco estaba en proceso de crear una institución paralela enfocada en el sector privado: la Corporación Interamericana de Inversiones (IIC), una nueva entidad enfocada en otorgar créditos a empresas privadas en América Latina con el objetivo de fomentar el crecimiento económico desde el tejido empresarial.

Fui contratado como consultor para liderar el diseño de la nueva institución y coordinar la búsqueda de su primer presidente. Así comenzó mi relación con la Corporación Interamericana de Inversiones (IIC), concebida como un paralelo al exitoso brazo privado del Banco Mundial, la International Finance Corporation (IFC). La diferencia era que el mandato de la IIC buscaba ir más allá del crédito tradicional: otorgar préstamos de largo plazo y, además, realizar inversiones de capital. En cierto sentido asumíamos el papel de un fondo de capital de riesgo, pero con una visión de desarrollo y un horizonte de largo plazo.

Una vez aprobada y financiada la institución —hoy conocida como IDB Invest— me incorporé como gerente regional con responsabilidad sobre México, Venezuela, Colombia, Centroamérica y el Caribe. Mi experiencia previa tanto en el BID como en Citi resultó

fundamental, pues me permitió tender puentes entre el sector privado y las exigencias del financiamiento para el desarrollo. Algunos de los proyectos que más recuerdo fueron [por definir].

A lo largo de mis 16 años tanto en el BID como en la IIC, continué ampliando mi círculo de amistades. Entre ellas, Larry Mellinger, Director Ejecutivo por Estados Unidos; Carlo Binnetti, director en representación de Europa; Alex de Sinegeub, director para Centroamérica desde Guatemala; así como Philippe Prosper, Carlos Roa, Jorge Roldan y muchos otros con quienes mantuve vínculos que perduraron mucho más allá de mi tiempo en las instituciones. Al final, esas amistades fueron uno de los mayores regalos de mi paso por el banco.

Mientras tanto, nuestra vida familiar en el área de Washington se fue consolidando. Los niños prosperaron en la escuela y más tarde asistieron a excelentes colegios: mi hijo en Gonzaga y mi hija en Georgetown Visitation, donde llegó a ser una destacada jugadora de baloncesto. Ambos desarrollaron grandes amistades que marcaron esa etapa de sus vidas. Aida, quien siempre había estado a mi lado en los años iniciales de mi carrera apoyándome a mí y a la familia, comenzó también su propio camino profesional: primero en la banca y más adelante como agente de bienes raíces. Todos recordamos con cariño aquellos años en Washington, una época de crecimiento, oportunidades y vínculos que nos acompañaron mucho más allá de nuestra estancia allí.



Con la familia en Washington DC, años 1980s



Familia en Moorestown

Con el tiempo, comencé a planear mi regreso a El Salvador. Ya no como un joven profesional buscando construir su carrera, sino como alguien con décadas de experiencia, múltiples perspectivas y el deseo de reconectarse con su país desde un lugar más maduro y contemplativo. Mi padre, Benjamin, había fallecido en 1978 y mi madre, Hilda, en 1983, de modo que volver también era distinto: ya no era regresar a la casa paterna, sino reencontrarme con un país y una familia extendida que habían cambiado en mi ausencia.

El regreso final – memoria, raíces y volver a empezar

2000s en adelante

Después de muchos años en Washington, la vida me fue llevando, poco a poco, de vuelta a El Salvador. No fue un regreso dramático, ni impulsivo. Fue más bien un proceso natural. Mis hijos ya eran adultos, el trabajo en el BID y el IIC había terminado, y el país —aunque diferente— seguía siendo el lugar donde todo comenzó.

Sin embargo, mi regreso no significó solamente contemplación. A los 59 años emprendí, casi sin proponérmelo, una nueva etapa profesional. Asumí la presidencia del Banco Hipotecario entre 1995 y el año 2000, uno de los bancos más antiguos y respetados del país. Fue un giro simbólico y emotivo: sesenta años antes, mi padre había trabajado en esa misma institución, y de alguna manera su huella seguía allí.

on del este financiero.

Según Barrientos, las órdenes de detener el proceso no son responsabilidad del Banco Central de Reserva (BCR) ni del Fondo de Saneamiento y Fortalecimiento del Sistema Financiero (FOSAFFI), encargados de la venta del Banco, sino que de instancias ajenas

Panorama Económico

panorámico del banco y que su misión es prepararlo lo mejor posible para la hora de su venta.

"Panorama Económico" consolitó a ambos para ubicar en perspectiva, el rumbo que pondrá tomar el proceso de privatización del último ente financiero en manos del Estado.



P: Usted asumió la presidencia en momentos en que el Banco Hipotecario hizo noticia, y la hizo no tan favorablemente. ¿Cómo encontró usted al Banco a su llegada a la presidencia?

R: Lo encontré sorprendentemente mejor en la moral del personal, mejor de lo que me hubiera imaginado cuando escuché las noticias de lo que estaba pasando.

Renunció la Junta Directiva, yo descubrí los motivos y, por otro lado, los respeto si los conociera, porque fue su decisión. Si puedo decir que el Presidente de la República y el Presidente del Banco Central (Roberto Orellana Milla) me pidieron que les diera una mano, según ellos porque con mi experiencia como banquero me podía hacer cargo de la institución y me dijeron "ocípese de que el Banco, cuando llegue a su punto de venderse, esté lo mejor posible, ocípese de que la mano esté lo mejor vestida". Y eso es lo que estoy comenzando a hacer.

P: ¿Qué significa preparar a la novia?

R: Asegurarse que los procedimientos internos están acordes a prácticas normales de la banca, procesos de aprobación de los créditos, que el servicio al público sea bueno, que nuestras relaciones con nuestros correspondentes se mantengan bien o se mejoran.

No vamos a darle vuelta al banco, porque también hay cosas que hay que dejarle a los accionistas para que las enfilen de acuerdo a su filosofía, pero en el fondo está la idea de que el Banco no va

ya a empevar a dar una mala imagen, hay que dar un mensaje de que el Banco está operando dentro de las normas de la Superintendencia, mantener las relaciones externas adecuadas y, además, eso si me lo han encumbrado a mí, asegurarme de que los potenciales socios extranjeros tengan acceso a buena información y que coincidan conmigo las negociaciones iniciadas de su posible participación.

P: ¿Sabe usted por qué renunció la Junta Directiva del Banco?

R: Honestamente no.

P: ¿Y no se preocupó por saberlo?

R: Cuando a uno le ofrecen una posición o es para remplazar a alguien o para iniciar un nuevo negocio. Yo me aseguré de que el Banco operara bien y la verdad es que no le puse mayor atención a las razones...

No le puedo negar que me enteré que las versiones que prevalecieron fueron más bien en torno al proceso de la privatización y, como le repito, eso a mí no me encumece directamente, no es parte de mi mandato. Sevillamente, yo dije me están llamando como banquero, voy a contribuir en algo que sé porque he tenido experiencia, y acepté el reto con gusto.

He vivido los últimos 16 años en Estados Unidos, y a pesar de que veía seguir al país, estuve fuera de la órbita interna. Como salvadoreño, me entusiasmó la idea.

P: ¿Por qué se paró la privatización del Banco?

R: Francamente no sé. Sabía que el Banco estaba en posición de renuncia de su Junta Directiva, pero yo no reparé sobre el tema privatización, porque a mí no me han puesto aquí para que privatice el Banco en el sentido político. Me han pedido que esté aquí para que el Banco, inmediatamente, esté lo mejor posible al momento de venderlo.

Entrevista de prensa como Presidente del Banco Hipotecario

Después, mi camino me llevó a colaborar con diversas instituciones de microfinanzas — Fundasalva, Financiera Calpia y otras— donde encontré la satisfacción de apoyar proyectos que acercaban el crédito y la oportunidad a sectores más amplios de la sociedad. También asumí un rol de liderazgo en Findesa, en Nicaragua, acompañando a la institución en un proceso de expansión que consolidó su presencia en la región. Y, en un momento de cierre y plenitud, en 2012 fui nombrado miembro de la Junta Directiva de Citibank. Permanecí en ese cargo incluso cuando Citi vendió su banca de consumo y la entidad recuperó su nombre histórico: Banco Cuscatlán. Fue un regreso circular, casi poético, al mismo banco donde había empezado mi carrera décadas atrás.

Ese regreso profesional vino acompañado de otro, quizá más valioso: el de la vida social y personal. Con Aída reencontramos a tantos amigos de la juventud, y también hicimos nuevas amistades que llenaron de compañía y alegría esos años. La vida social en San Salvador nos

permitió volver a sentirnos parte de una comunidad, compartir celebraciones, tertulias y viajes. Y, en mi caso, redescubrí mi afición por el golf en el Club Campestre Cuscatlán, donde ya me había hecho socio en los años sesenta, durante mi tiempo en Citi. Allí pasé incontables mañanas y tardes, disfrutando del deporte, de la amistad y de la calma que sólo un campo de golf puede ofrecer.

He vivido entre dos mundos, he trabajado en varios países, y he visto cambiar mucho —en El Salvador y en mí mismo. A lo largo del camino, he tenido la fortuna de contar con amistades verdaderas, algunas desde la niñez, otras forjadas en el trabajo o en los años en Washington, que han enriquecido mi vida de formas que ningún logro profesional podría igualar. Estoy agradecido por mi familia, por las oportunidades que tuve, y por las personas que me ayudaron en cada etapa. No escribo esto para destacar logros, sino para dejar un registro sencillo de cómo fue. Para mis hijos, mis nietos, y para quien quiera saber un poco más de dónde venimos.

Recuerdos



Celebración del 80 cumpleaños



En el Club Campestre Cuscatlán



Con Aída



Benjamín y Aída



Con Ben y Aída en España



En el Guggenheim, España



Visitando Santa Ana



Miki y Mincho Trabertino



Reunión de primos Vides



Con primos



Pedro y Alberto



Crucero familiar



Boda de Mincho



Graduación de Sam



Bautizo de Alex



Reunión familiar



Reunión en casa



Con Alejandro



Con Gaby



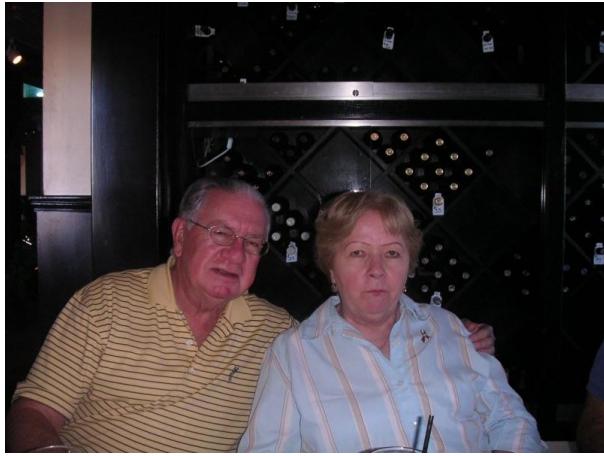
Con Ish



Ben y Aída



Nona y Sam



Con mi hermana Chon



Central Park con Alejandro



Lake Placid con la familia



Sarasota con los nietos



Raquel y Sammy



Graduación de Raquel



Raquel de niña



Raquel en la piscina



Moorestown con los primos



Winklers y Vides en Filadelfia



Danny y Ale en Miami



Comprando cocos en Calle Ocho, Miami



Golf en Biltmore con Alejandro



Playa en El Salvador